

Manuel Machuca González

Doctor en Farmacia



Cayucos en el aire

Norberto es médico. Nació en Ecuador, en 1939 en la ciudad de Guayaquil. Ha cumplido sesenta y siete años el mes pasado y viene a España por primera vez en su vida. Le costó poco trabajo iniciar esa educada conversación a la que el latinoamericano es tan aficionado. Sin embargo, ya no le fue fácil contar su historia, durante el vuelo transoceánico que por más de once horas unió nuestros destinos. Su mirada se perdía tras la ventanilla del avión, intentando encontrar una razón que le dijera que todo valió la pena, que todo tuvo sentido, que nada fue en balde.

Los aeropuertos de América Latina viven las tragedias de las despedidas un día tras otro. Familias que se rompen, matrimonios que no saben cuándo volverán a reunirse, hijos que crecerán sin alguno de sus progenitores, o sin los dos. Abuelos que sienten la responsabilidad de que el viaje que

un día hicieron para salir de la pobreza, hoy se vuelve contra ellos, y que sienten que la esperanza que hace tiempo fue venir al continente americano, se ha convertido en la miseria de sus hijos.

Llantos en los que permanecen, llantos en los que se van. Las miradas de los que se quedan persiguen al que se marcha en busca de un futuro mejor; las del que se va, se pierden en el suelo, sin capacidad de imaginar lo un futuro plagado de incertidumbres le depara, ni de asistir impotente al dolor de sus familias.

Norberto es hijo de un español y una italiana, ya fallecidos. Su padre era asturiano, una insigne promesa de la música clásica. Era un joven virtuoso del violonchelo, que ganó una beca para continuar sus estudios en Suiza. No dudó un instante, y se marchó de un país en el que una guerra incivil estaba a punto de comenzar. A pesar de su humilde origen, sus aptitudes musicales le abrieron camino en

la sociedad al poco tiempo de llegar.

Sin embargo, la temida guerra estalló y España se fracturó en dos bandos que mancharon de sangre todo su territorio. El padre de Norberto fue reclamado para combatir en una guerra entre hermanos, en un sinsentido más de la historia de un país eternamente enfrentado contra otros o contra sí mismo. No iba a ir. Le ofrecieron un puesto en la orquesta del Teatro Colón de Buenos Aires, pero no podía salir de la tierra que le acogió. Un compañero músico, hijo de un antiguo presidente de Ecuador, le facilitó un pasaporte a través de su embajada con el que viajar a este país. Una buena escala antes de seguir hacia Argentina. Y en Guayaquil, conoció a otra joven música italiana, que también huía de sus miserias y sus dictadores, la que poco tiempo después se convertiría en su mujer y madre de sus hijos, y allí se quedó para siempre.

Norberto fue el prime-

Las miradas de los que se quedan van tras los que se van en busca de un futuro mejor



ro de los cinco hijos del matrimonio. Gracias al talento y al trabajo de sus padres, consiguió hacerse médico, profesión que aún ejerce, ya que en Latinoamérica los profesionales no pueden dejar de trabajar si quieren vivir con una cierta dignidad, al igual que los jóvenes deben tener al menos dos, incluso tres trabajos diferentes, si es que quieren alcanzar un sueldo que les permita mirar el futuro con algo de esperanza. Vida que pasa muy deprisa entre trabajo y trabajo. Trabajos que no pueden dejarse, a pesar de que sean tus propias fuerzas las que te abandonen, mientras unos primos no tan lejanos retozan y disfrutan de la vida, en las playas del Mediterráneo, gracias al IMSERSO.

Norberto ha venido a España a recuperar la nacionalidad española para su familia. Le ha costado mucho trabajo conseguir el visado de entrada, ya que las colas ante la embajada española siempre son largas y, aunque aún se conserva bien de salud,

los años no pasan en balde y las largas esperas de pie son duras para una persona de su edad.

Es consciente de que va a ser difícil obtener la nacionalidad, pero quiere intentarlo. Perdió la relación con su familia española al morir la última hermana de su padre, que nunca tomaba medicamento alguno sin antes consultarlo con el que era el médico de su familia y al que nunca pudo conocer, su sobrino Norberto.

Para obtener la nacionalidad española un latinoamericano debe residir al menos dos años en el país, y para obtener residencia estable, ha de tener permiso de trabajo. Los hijos de españoles tienen preferencia respecto a otros para conseguir trabajo, pero a su edad la gente ya no trabaja en España. Incluso muchos, ha-

ce ya tiempo que no lo hacen, mucho tiempo.

Al menos, quiere intentarlo, y no tanto por él sino por sus hijos. Quiere dejar de verlos trabajar doce horas todos los días, sobreviviendo de un lado para otro, sin apenas tiempo para ver a su familia. Aunque se quede sólo junto a su esposa. No podría soportar reconocer que una maldita guerra alejó a su familia del primer mundo. Qué fue lo que pasó, por qué tanta violencia, son preguntas que Norberto se hace, intentando encontrar una justificación a su desdicha, la de una persona que pudiendo haber pertenecido al primer mundo, se había visto impelido a formar parte de otro más desgraciado.

Patricia se unió a la conversación unas horas después, cuando dejábamos de sobrevolar las sel-

No soporta
reconocer que
una maldita
guerra alejó
a su familia del
primer mundo

vas amazónicas para adentrarnos en el Atlántico. Patricia es joven. Era la chica de ojos enrojecidos que me precedía en la cola de la aduana, la esposa de aquel muchacho que también lloraba agarrado a una “bebita” ajena a lo que sucedía, que miraba con extrañeza cómo su madre se alejaba por una de las salas de embarque del aeropuerto, sin entender nada de lo que estaba pasando.

Patricia tiene la nacionalidad española, a pesar de que iba a ser la primera vez que pisaba la tierra de sus abuelos. Su familia, a pesar de que huyó en la guerra civil, conservó el pasaporte. No tiene contacto con los que se quedaron en España, ya que su padre murió siendo ella apenas una niña, y se perdió toda pista relacionada con el pasado. Sabe que es oriunda de Belmonte de Tajo, en las cercanías de Madrid. Alguna vez intentó contactar con alguien que se apellidase Ruiz, como su papá, en ese pueblo, pero nunca consiguió información alguna. Un apellido tan normal y el miedo de su padre a dejar un rastro que pudiera comprometerle a él o a su familia, explican los motivos de esa pérdida.

Patricia trabajaba como recepcionista de un hotel de lujo. Viene a buscar trabajo en una de las primeras potencias mundiales en turismo. Quiere encontrar a la familia tam-

bién, pero lo hará después de que encuentre un empleo. Sabe que no tendrá problemas en lo que respecta al pasaporte, y dice tener dinero para vivir tres meses en España. Al menos eso es lo que ella cree. No quise preguntarle cuánto traía, ni creo que a ella le hubiese gustado que le hiciese esa pregunta. Los ánimos no estaban demasiado elevados como para escuchar que quizás no fuese suficiente.

■ La llegada

Miraba a mi alrededor, en ese cayuco de alta tecnología europea que nos traía desde América, y en las caras de tanta gente podía suponer las historias que cada cual traía en lo más íntimo de su corazón. Historias de ilusiones y esperanzas en todos. Proyectos junto a familiares y amigos que ya habían alcanzado el primer mundo, en unos; planes que se inician en solitario, a la espera de que la prosperidad haga posible volver a reunir a la familia abandonada, en otros. Realidades que se repiten un siglo tras otro a ambos lados del mar, viajes de ida y vuelta, que parecen dejar claro que resulta del todo incompatible, vivir sin miedo al futuro en las dos orillas del Atlántico a un tiempo.

El avión entró en España por el sur, por encima del río Guadalquivir, la misma ruta que siglos atrás seguían los galeones españoles, transportando

unas riquezas americanas que pocos españoles vieron. Riquezas que iban a paliar los préstamos concedidos por banqueros alemanes o genoveses, oro y plata con los que combatir y defender un imperio bajo el que nunca se ponía el sol, unido también bajo una misma religión cuya doctrina única iba a romperse sin remisión.

Aterrizamos en Madrid poco tiempo después. Apenas alcanzábamos a salir del avión, la policía nos separó. Todos debíamos salir con el pasaporte en la mano. Patricia y yo salimos sin problemas, pero Norberto no. Norberto se quedó junto a otros compatriotas, en espera de que sus documentaciones fueran revisadas: visados en regla, permisos de trabajo, billete de vuelta...

No sabía qué hacer, si esperar a Norberto o continuar. Los aspavientos de la policía me invitaron a seguir. Norberto también me hacía señas diciéndome que no me preocupase, que siguiera, que todo estaba bien, con esa media sonrisa, mitad sonrisa y mitad preocupación, del que confiaba superar este requisito sin problemas.

Nos subimos al autobús que nos llevaba a emigración. Ya en la cola, una familia alemana me preguntaba en inglés si recordaba el número de la cinta de recogida de equipajes. Les decía que no, en mi balbuceante inglés, mientras miraba en la lejanía si

En las caras de la gente podía suponer las historias que cada cual traía en su corazón



Norberto llegaba. La alegría de verlo saludándome en la lejanía, en las aduanas asignadas a ciudadanos ajenos a la Unión Europea, me hizo volver a prestar atención a los alemanes, aunque fuera para construir una torpe frase aconsejándoles que mirasen en las pantallas, que no había prestado atención debido a que Madrid no era mi destino final. Qué extraño me sentí viendo a Norberto en una fila diferente a la mía, mientras Patricia y yo caminábamos junto a esta familia a la que sentíamos tan lejana, a pesar de que llevasen camisetas de las Islas Galápagos.

Finalicé la conversación y me fijé en Patricia,

que no paraba de resoplar con nerviosismo, sintiendo que el mundo se le venía encima, sin su marido ni su hija. Después, nuevamente torné la mirada en Norberto, que esperaba pacientemente su turno.

Y maldije la guerra. Maldije a quienes hicieron que nos enfrentásemos unos contra otros, en una contienda tan feroz como inútil. Maldije a todos los gobernantes que en este país han sido, que nos sumieron por siglos en la pobreza y en la injusticia, que obligaron a tantas y tantas personas a huir en busca de un futuro mejor.

Maldije nuestra desmemoria, de un estado aficionado permanentemente a discusiones bizantinas y

pueblerinas, hoy convertido en nuevo rico, y que como todos ellos, quiere a toda costa olvidarse de un pasado de sarna y miserias, disimulando el pelaje de la dehesa.

Y maldije el miedo y la hipocresía de nuestros estados opulentos, temerosos de que un día los pobres se rebelen y se den cuenta de que no son culpables de nada, y salgan a la luz nuestras debilidades y nuestras propias miserias. Maldito sea el egoísmo de la especie humana, incapaz de mirar de frente a este mundo plagado de infamia y vergüenza, en manos de unos pocos, que hoy construyen murallas y alambradas tras la que se oculta su mala conciencia. ■

**Maldije la guerra
y a quienes
hicieron que nos
enfrentásemos
los unos contra
los otros**